

FEMINISMO: LA FUERZA DE LOS HECHOS

Honrando una tradición histórica, las nuevas olas feministas del siglo XXI impactaron fuertemente en la sociedad argentina y en Latinoamérica. Retomar el camino labrado es una misión urgente, y más ahora que los vientos políticos no son favorables para las políticas de género.

Silvana Aiudi

Es Profesora en Letras y maestranda en Literaturas de América Latina en la Universidad de San Martín. Se desempeña como profesora en institutos de formación docente y universidad. Coordinó talleres de lectura y conversatorios con escritoras en el Museo Evita y en la Universidad de San Martín. Además es escritora: colaboró para *Revista Panamá*, *Nueva Sociedad*, *Crisis*, entre otras.

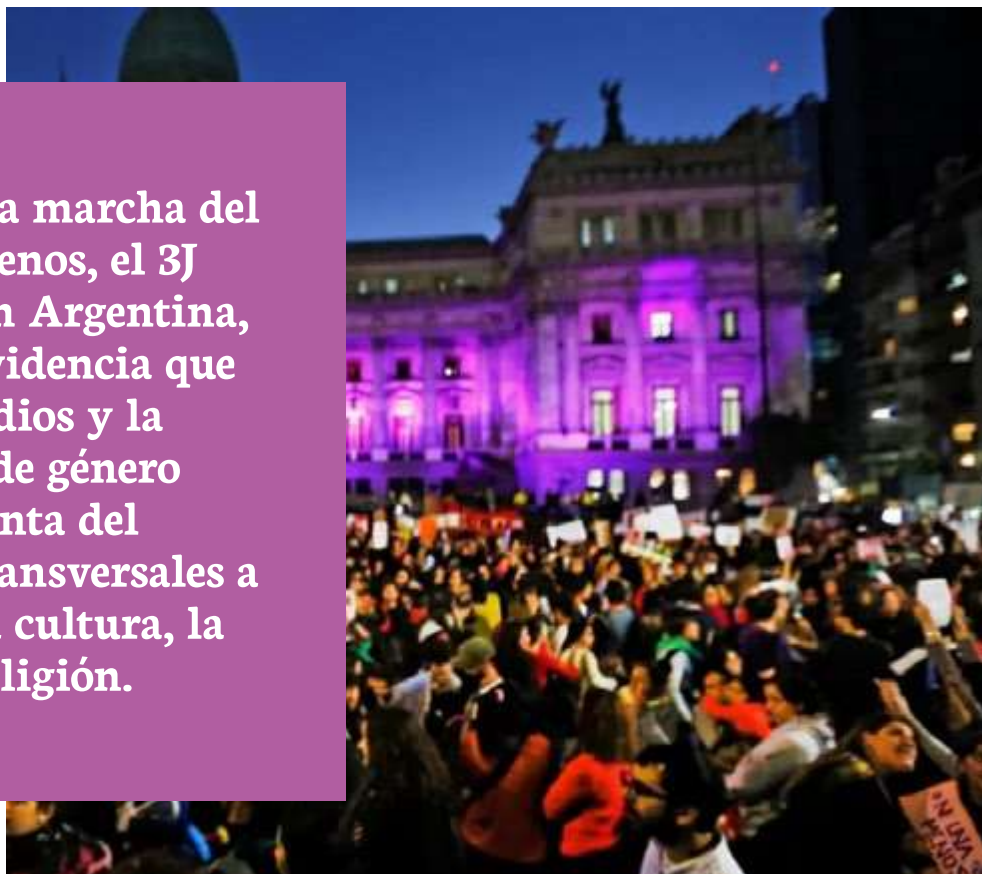
Entre los años 2015 y 2020, el feminismo vivió el periodo más desafiante y masivo no sólo en conquista de derechos, sino en movilizaciones y luchas. Sin lugar a dudas, el 2015 marcó un antes y un después. Como furia, como un hartazgo, como un pedido de justicia a los acontecimientos de violencia de género y femicidios, el 3 de junio (3J) de ese año, estalla la primera movilización histórica Ni una menos, a partir del caso de Chiara Páez.

Fue una marea que salió a gritar “Paren de matarnos” y convocó a 250.000 personas, bajo los hashtags #NiUnaMenos #VivasNosQueremos. Los rostros de las víctimas de violencia de género al fin se hacían visibles. Por aquellos años, la fuerza en las calles y la organización avanzaban en materia de conquista de derechos. Ser feminista estaba de moda.

En la actualidad, con el surgimiento de gobiernos de derecha y reaccionarios, el movimiento se enfrenta a fuertes políticas antifeministas. Hace un par de meses, durante su discurso en Davos, el presidente Javier Milei dijo: “La mayoría de las víctimas de asesinatos son hombres. En muchos países, supuestamente civilizados, si uno mata a la mujer se llama femicidio, y eso conlleva una pena más grave que si uno mata a un hombre sólo por el sexo de la víctima”.

Esta declaración no sorprende: al igual que otras fuerzas políticas neoconservadoras, parte de la campaña electoral de Javier Milei-Victoria Villarruel, tuvo como eje sustentador al antifeminismo, y a las instituciones y políticas de igualdad de género y diversidad sexual.

La primera marcha del Ni Una Menos, el 3J del 2015 en Argentina, puso en evidencia que los femicidios y la violencia de género eran la punta del iceberg, transversales a la clase, la cultura, la edad, la religión.



A diez años de Ni una menos, aquella primera marcha histórica, conviene hacer un repaso sobre los avances de los feminismos, debates, pujas internas, pero también observar cómo los actores y los discursos de ultraderecha iban ocupando espacios, estaban ahí a medida que se conquistaban derechos, hasta que llegaron al poder

Un recorrido

La primera marcha del Ni Una Menos, el 3J del 2015 en Argentina, puso en evidencia que los femicidios y la violencia de género eran la punta del iceberg, transversales a la clase, la cultura, la edad, la religión. El impacto fue tal que logró captar la atención de Amnistía Internacional; las movilizaciones que surgieron a partir de esta fecha, y se repiten todos los años, fueron históricas por la cantidad y heterogeneidad de los actores que se sumaron a la lucha. Los objetivos y peticiones tuvieron que ver con la implementación de la Ley 26.485 (Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales) y pedir que el Estado se hiciera responsable. A partir de ese momento, nuestro país supo construir un feminismo popular y de masas, al que lo siguieron varios países de Latinoamérica. Para ese entonces, si bien ya funcionaba la línea 144 para denunciar la violencia machista y cumplir con la reglamentación establecida por la Ley 26.485, no se contaba

con cifras oficiales sobre muertes por violencia de género. Entre los pedidos, se insistió en crear un Registro Oficial Único de víctimas de violencia de género, aplicar y profundizar la Educación Sexual Integral en todos los niveles educativos (Ley 26.150, sancionada en el año 2006), y asegurar la protección de las víctimas de violencia con monitoreo electrónico de los victimarios.

También, el movimiento feminista comenzó a crecer en su militancia, ampliando los márgenes del activismo, además de la implementación de una red de cuidados feministas y solidaridad/sororidad que se multiplicó a lo largo y ancho del país. Las calles se llenaron de movimientos feministas partidarios, movimientos populares, feministas campesinas, organizaciones sociales, feministas indígenas, niñas, adolescentes, mujeres con sus hijos, travestis, trans.

Las redes que se fueron tejiendo entre los feminismos en Latinoamérica, el impacto de la agenda y las manifestaciones presionaron para la creación de leyes, no sólo en Argentina. En Colombia, por ejemplo, en el año 2015, se sanciona la Ley Rosa Elvira Cely-N°1761, que tipifica el feminicidio como delito; en el 2016, Paraguay suma la Ley 5.777, que tipifica los feminicidios y brinda protección integral a víctimas de violencia de género, mientras que en el 2017 Uruguay incorpora la Ley N°19.538, feminicidio como agravante de delito.

Entre el 2015 y 2017, los reclamos en las sucesivas marchas fueron cambiando de color: la del 2015 estaba teñida de violeta; la del 2016, de negro, y se sumó el primer paro

de mujeres, travestis y trans, el 19 de octubre, bajo la consigna “Nosotras paramos”; en el 2017, aparecería el verde, el reclamo por una ley de aborto legal, seguro y gratuito, que produciría mayor incomodidad social y otro tipo de movilización, aún más masiva.

Sin embargo, en el medio de estos reclamos, irían surgiendo actores de ultraderecha en contra de lo que ellos llamaban “ideología de género”. En el 2016, Agustín Laje y Nicolás Márquez publican *El libro negro de la nueva izquierda*, donde hablan de una “rebelión pornomarxista de tinte pansexual”, del “feminismo radical” en contra de los ideales de familia tradicional, un “homosexualismo ideológico” a favor de la pedofilia y en contra de los valores de la tradición “hetero-capitalista”. Además, aparecerían algunas voces en las redes sociales y medios, que manifestaban una fuerte postura antifeminista por parte de las mujeres: “soy femenina, no feminista”, “las feministas no me representan”.

Nosotras paramos el mundo

Mientras finalizaba el 31° Encuentro Nacional de Mujeres en Rosario, Santa Fe, que terminó con una fuerte represión, se conoció el femicidio de Lucía Pérez en Mar del Plata. Corría el año 2016, y las fotos de Lucía Pérez, con abordajes especuladores y estigmatizantes, circulaban en los medios como mercancía, culpabilizándola. Este caso provocó la convocatoria el *Primer Paro de Mujeres* en octubre del mismo año. La consigna era: parar de 13 a 14 horas, parar en las casas con las tareas domésticas, parar en el lugar de trabajo, parar donde se pudiera. Aquella tarde, se realizó una movilización histórica bajo la consigna de usar ropa negra. El impacto fue tal que se veían mujeres vestidas de negro en las calles, las oficinas, supermercados e incluso en algunas escuelas secundarias, lxs estudiantes iban con remera negra.

En el ámbito educativo, a pedido de muchxs estudiantes, se realizó una jornada de reflexión en la que directivos, docentes y alumnxs estuvieron involucrados.

A este hecho, le siguió el Primer Paro Internacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis y Trans, el #8M, en el 2017: “Nosotras paramos”, “Vivas nos queremos” y “Si nuestra vida no vale, produzcan sin nosotras” fueron las consignas. El Paro Internacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis y Trans seguía marcando el hartazgo a las situaciones de violencia. Ahora se le sumaba lo económico y se agregaba una batalla: la del trabajo doméstico, la desigualdad salarial y el techo de cristal.

Después de dos años del primer Ni Una Menos, ese 3J del 2017, las mujeres sindicalistas ponían en primera plana el trabajo y marcharon en una columna, todas en unidad, bajo la consigna “Ni Una Trabajadora Menos”. En la relación con el trabajo, surgiría una fuerte tensión entre los feminismos: prostitución vs. trabajo sexual. Un debate interno de los feminismos que enfrentaron posturas entre abolicionistas y regulacionistas, discusiones que aún hoy continúan. En pocas palabras, aquellas que consideran a la prostitución como forma de violencia y aquellas que ven el trabajo sexual como una opción dentro de un mercado de trabajo, que debe ser legalizado y regulado. Otro debate, en relación con los cuerpos, sigue siendo la subrogación de vientres.

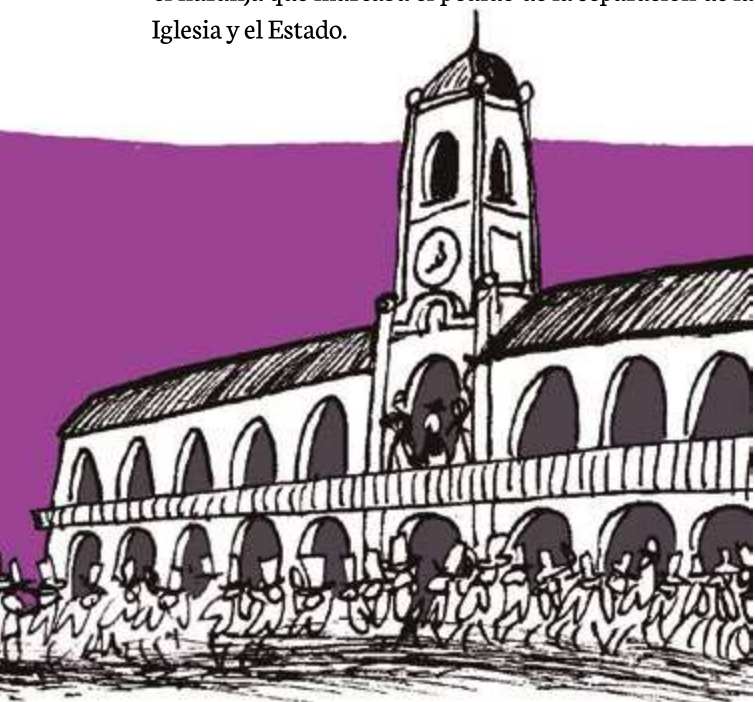
Más allá de las pujas internas, con el pasar de las movilizaciones y los diferentes encuentros de mujeres, lesbianas, travestis y trans, los reclamos tomaron fuerza. Se agregaron la batalla cultural, el lenguaje inclusivo, las masculinidades, el acoso callejero, entre otros. Y un reclamo que marcaría el último logro feminista en materia de derechos: la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo. El 3J del 2018, año en que arribó el FMI a Argentina, se leyó un documento: “Sin aborto legal, no hay Ni Una Menos. Contra el FMI, el ajuste y la deuda”.



La marea verde

En el 2018, se presenta en Argentina el Proyecto de Ley por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito. El color verde teñiría las movilizaciones como así también los distintos testimonios y casos de muertes o situaciones de violencia en abortos clandestinos. La frase “Mi cuerpo, mi decisión” y los reclamos en materia de salud pública estarían en el centro de la escena. Importante, además, fue el pedido de implementación de la Ley de Educación Sexual Integral 26.150. Reunidas en una movilización histórica, en el 2018, pañuelos verdes y celestes esperaban una sanción que no se dio ese año. Finalmente, en plena pandemia, se aprueba la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE), el 30 de diciembre del 2020, bajo el lema “Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir”.

Durante todas las movilizaciones, a raíz del reclamo de la IVE, la intensidad y la cantidad de los grupos conservadores y reaccionarios fue creciendo. Bajo la convocatoria y los hashtags #SalvemosLas2vidas, #ConMisHijosNoTeMetas o #CuidemosLasDosVidas se impulsaron contra-campañas desde distintas instituciones: una de ellas fue la escuela. Por aquellos años, padres y madres se manifestaron en contra de la implementación de la ESI. A su vez, comenzaron a circular videos y audios de WhatsApp anónimos: para estos grupos, la ley con “ideología de género” proponía enseñar pornografía en las escuelas y contribuir a la pedofilia. Los docentes y las escuelas fueron el blanco de las acusaciones. A su vez, la Iglesia Católica se manifestó en contra de las mujeres y los grupos LGTB+, habló de “ideología de género” — término impulsado por el Vaticano — y consideró inmoral el aborto voluntario. Así, entonces, surgiría un nuevo color: el naranja que marcaba el pedido de la separación de la Iglesia y el Estado.



El patriarcado es un juez que nos juzga por nacer

En el 2017, Rita Segato publica *La guerra contra las mujeres*. Ahí nos dice: “La presión desatada en todo el continente por demonizar y tornar punible lo que acuerdan en representar como ‘la ideología de género’, y el énfasis en la defensa del ideal de familia como sujeto de derechos a cualquier costo, transforma a los voceros del proyecto histórico del capital en fuente de prueba de lo que he venido afirmando: que, lejos de ser una cuestión residual, minoritaria y marginal, la cuestión de género es la piedra angular y eje de gravedad del edificio de todos los poderes”.

El mandato de la masculinidad misógina y exacerbada, la guerra contra el tipo de mujer que no se ajusta a los roles de la familia conservadora y tradicional, la lucha contra la diversidad se fue revelando como síntoma. Hasta que llegó al poder, a la política: estos sujetos son funcionarios, diputados, legisladores, presidente. Y ahora usan nuestros sentidos en contra porque tienen la institucionalidad para hacerlo. ¿Qué pasa cuando el patriarcado se pone transformista? ¿Qué pasa cuando el Estado se pone femicida?

Aquella primera marcha del 3 de junio del 2015, el primer Ni Una Menos, que fue el disparador para tantas movilizaciones, debates y conquistas, hoy parece estar desdibujada. Frente a los discursos de odio y estigmatización por parte de la derecha, los feminismos debemos salir a aclarar que la vida de las mujeres y diversidades importan, que nuestros derechos importan. Se impone apelar al sentido común.

¿El futuro sigue siendo feminista?

Ser feminista ya no está de moda. El discurso y la pedagogía de la crueldad, que siempre estuvo, hoy se vuelve a manifestar con fuerza, con estigmatización. Los feminismos estamos en posición subalterna, desfavorable, frente a las políticas de ultraderecha y de rearme patriarcal. Incluso existen las llamadas “feminacionalistas”, que se declaran feministas, pero con políticas afines a las derechas e ideas xenófobas, racistas y machistas.

Las políticas feministas siempre fueron las de la incomodidad y deben seguir siéndolo. La autorreferencialidad del último tiempo no sirvió. En estos momentos en los que pareciera ser que perdimos fuerzas, no debemos quedarnos en la melancolía de la marea verde, sino rearmarnos y proponer nuevas estrategias. Y la incomodidad debe ser parte de nuestra resistencia colectiva. La incomodidad como motor para continuar la lucha. ■